

Una sola luz

Giorgio Cattano

Targetti Foundation, Light tale competition, 3d place

Me levanto temprano, por la mañana, cuando los rayos del sol comienzan a filtrarse por los resquicios de las persianas. La pared blanca a la derecha de mi cama se ilumina por los muchos fragmentos de sol. Mariposas de polvo brillan en las esquinas del mobiliario y mi habitación a penas amueblada se llena de vida.

Me gusta quedarme en la cama un poco más. Acomodo la almohada bajo mi espalda y observo. A la izquierda, a través de la persiana, brilla el sol desde el oriente: claro, fuerte; es el gallo que anuncia el nuevo día a los hombres. Pero los pocos que aún no han salido de vacaciones, duermen. Tienen el cuerpo pesado, oprimido contra el colchón por los mismos sueños de fuga.

A la derecha, la misma luz se proyecta sobre la pared. Se filtra a través del polvo de mi ropa, mis zapatos y mi vejez. Una luz solo para mí. Cien, mil puntos de fuego se reflejan sobre el yeso, es una ventana a los mundos exóticos y lejanos que voy explorando día con día. Es la mágica televisión de mis sueños.

Esta pantalla funciona de manera gratuita, expone todos los rayos del sol, desde el infrarrojo hasta el ultravioleta. Últimamente, la imagen se ha vuelto todavía más hermosa, dicen que son los rayos alfa, que ya no son bloqueados por el ozono. ¡Sean bienvenidos todos los rayos alfa! "Lo que es bello no puede hacer ningún daño" solía decirme mi tío, hermano Assenzio, cuando yo era joven. Me lo susurraba al oído, como si desconfiara de las caras serias a nuestro alrededor. Su barba tupida, que rosaba el lóbulo de mi oreja, provocaba la risa que me guiaba al descubrimiento de las cosas.

Este verano parece que yo seré el único habitante del gran edificio. Todos se están yendo, incluso los Paqualotti, quienes viven en el quincuagésimo séptimo piso del lado norte, ellos que ni siquiera saben lo que es el sol.

Mi hijo dice que el mar me aburriría, pero sé que lo dice por su esposa. Yo no temo quedarme aquí solo. Lo siento solo por Erika, mi nieta, por no poderla ver durante tanto tiempo. Supongo que sufrirá también, es muy cariñosa conmigo. Mi hijo le compró una colchoneta para el agua en forma de delfín, para convencerla de querer las vacaciones. Más veo la melancolía que se esconde

dentro de sus ojos. ¡Y que mal sabe ir al mar con un delfín de plástico! Todo el mundo sabe que ya están extintos.

Observo las pelusas por un poco más mientras pienso todas estas cosas. Pienso que no debería importarme tanto. El mundo sigue su curso y las cosas cambian. ¿Quién soy yo para oponerme a la rueda de la vida?

Las partículas se mueven hacia la derecha inexorablemente en el tiempo que transcurre. Mi televisión se va apagando. Todos se han ido. Los últimos en irse fueron los Pasqualotti. Desde mi habitación, vi su auto cruzar la cerca, dirigirse hacia el sur, seguidos por un reflejo de sol. El horizonte aparece nuevamente y el aire seco regresa el polvo que fue levantado por las prisas a la superficie. Me asomo a la ventana y agito la mano hacia aquel punto lejano, sin esperar una respuesta.

Ahora estoy solo. El día transcurre lento, mientras yo, me aferro a los rascacielos que se sostienen a la tierra, y flotamos sin rumbo en el infinito. Por lo menos en la mañana la televisión de la luz me distrae, me lleva a mundos remotos. La noche en cambio, es terrible. El tiempo se detiene y sin que algún sueño pueda moverlo. Inerte, escucho el silencio mientras siento entrar la obscuridad a mi cabeza y la vacía. Desearía ser un loco para invitar a los fantasmas y monstruos para bailar con ellos. Pero la locura es cosa rara.

Me siento solo.

Entonces salgo.

Enciendo la vieja lámpara sobre la cómoda, aún tiene una de esas bombillas incandescentes que hace tiempo, fueron prohibidas. Esto, entre otras cosas, es la última que me queda. En el rellano hay un absoluto silencio. Como soy el único que queda en el edificio, han desactivado el elevador. La escalera parece interminable, parece que estoy en una pesadilla en la que nunca termina el descenso. Al final, la gran puerta reforzada se hace visible. La dejo abierta, ya que los bandidos también están de vacaciones con sus miles de niños.

Me aventuro fuera de la valla. Estoy a una centena de pasos hasta el viejo neumático que me sirve de banco. Con el pañuelo blanco, que siempre llevo conmigo, quito el polvo del día y con un largo suspiro, me siento. El gran edificio se encuentra desolado sobre la tierra árida. El horizonte está poco definido, la tierra y la noche se mezclan en una mancha grisácea sin reflejos.

Un soplo de viento y su leve susurro sobre la superficie son los únicos signos de algo vivo, y luego, está esa luz allá arriba, en una de las miles de habitaciones del edificio. Una luz tenue por la distancia, pero distinta. Alguien vive allá arriba. No puedo verlo, no pienso que la persona pueda verme tampoco. Sin embargo, la certeza de que hay otro, es suficiente para saciar a mi alma sola.

A veces me parece ver una sombra, pero podría ser solo el hollín que en la distancia hace vibrar la luz. Y dejo el pañuelo que instintivamente había levantado en señal de saludo. Me quedo aquí por un poco más de tiempo. Entonces el cansancio llega a mí y comienzo a sentir la noche húmeda suspirando entre mis huesos. Es tiempo de regresar. Las escaleras son más largas al regreso. Llego a casa exhausto. Bajo la persiana, dejando a penas abiertos unos agujeros por donde pase el sol de la mañana. Me meto en la cama y apago la luz de la lámpara de la cómoda. Me quedo dormido casi feliz, pensando en el hombre que se sienta en el neumático. Solo, también. El pobre hombre.



Traducción de Monzerrat Morales